

El símbolo de Atenea

Martha Robles

A tenea es uno de los portentos de la imaginación griega: “su vida, como la luz, nació de los resplandores que despedía la cabeza de su padre”. Sin ser andrógina ni sugerir imposturas por su castidad asediada, su índole anticipa un modelo de feminismo que tardaría milenios en incorporarse a la civilización occidental. Los intérpretes la consideran “viril” por avezada y valiente. Sus arreos de guerrera simbolizan voluntad, arrojo y preponderancia sobre dioses y hombres, a condición de jamás atentar contra el dominio absoluto de Zeus. Desconcertante incluso en el pensamiento heleno, su presencia contradice el prejuicio de que, en atención a la honra, la mujer es incapaz de honor; sin embargo, el Olimpo no sería el mismo sin su injerencia juiciosa ni los asuntos humanos encontrarían el rumbo conciliatorio que ella, en general combatiente a favor de la paz, discute en situaciones difíciles.

De entre las seis diosas que integran el panteón clásico, ninguna se aproxima a su magnificencia o, al menos, a su destreza política. Ni el mismo Zeus podría competir con sus dones; pero Zeus era Zeus, la autoridad absoluta incluso sobre el emblema de perfección que ella, su más refinada hechura, representaba para significar los alcances del dios. La actividad de Atenea supera también la de todos los inmortales, aunque su pericia no basta para hacer más expedita su claridad cuando se miden talento y determinación en los hechos. Así quedaría asentado especialmente cuando el terror domina la mente, como bien previniera Apolo al errado Orestes, mientras éste aguardaba el juicio por haber matado a su madre. A todas luces la diosa renuncia entonces al poder racional por ceder a la ofuscación provocada por su padre.

Sin saber cómo ni por qué, aunque fiel a su voz interior, la diosa hace en ocasiones lo contrario de lo que se propone, como puede leerse en algunos pasajes homéricos. Detrás de su fortaleza se oculta una supeditación tan ostensible a Zeus que hay que “hilar” a la luz de su espíritu para entender el

misterio de la debilidad que eternamente le impide no sólo fundar a ella misma una edad, en la que lo femenino se sitúe en el lugar que le corresponde —único acto de justicia de que no fue capaz—, sino siquiera para desentrañar la raíz de los límites que también como nadie aprendió a distinguir.

Quizá su saber consistió, primero, en precisar de qué materia está hecha la autoridad; después, en aprender a sortearla sin violentarla. Así, lejos de competir con el mando instaurado, se hizo respetar en su condición del vigilante del orden instituido. Asumió de este modo la función del poder detrás del poder. Tal actitud afamó su prudencia, quizá porque le permitió crear para sí el prestigio de ostentar la cordura que los demás necesitaban para vivir o morir, si no con la gloria anhelada, al menos con la capacidad de entender que “las cosas son como son”, de acuerdo a la sola ley del destino. Y lo que era, en su caso, es lo que es aún para la mujer desarrollada de nuestra actual civilización: no importa cuán dotada sea una mujer ni hasta dónde la pericia femenina supere a la del varón, porque el medio jamás permite sobrepasar el cerco de un dominio ancestral sellado por la supremacía masculina.

Si bien la historia transmite un sin fin de evidencias sobre el modo como las mujeres nos supeditamos a la voluntad que regula la ética del prejuicio, el mito que pondera a una diosa cifrada por su excelencia contiene casi todos los elementos para confirmar una sola certeza: la libertad femenina comienza donde lo permite el deseo del hombre; y los derechos de las mujeres, ayer como hoy, se fincan a partir de una lógica de inequidad irrestricta.

En tal sentido, lo que la diosa Kali aporta al hinduismo, en contrapunto del símbolo de Atenea, no es únicamente su potencia destructiva, que adquiere su más alto nivel de eficacia al sembrar el pánico entre sus fieles, sino que de su lengua negra, terrorífica, proviene el significado trascendental de la palabra. Es decir, la consorte de Shiva, bajo la forma de Kali-yuga, personifica el espíritu del mal, porque en su habla anida el fuego devastador. Y por los contrastes implícitos entre el silencio y el habla de una divinidad femenina, la mitología hinduista reserva misterios por explorar respecto de los usos cambiantes y sugeridos del lenguaje que cifra las relaciones no únicamente entre dioses y hombres, sino a modo de cifra en el concepto del tiempo.

Tan devoradora como edificante, su aspecto es negro y sanguinario su venganza cuando en el mundo se desatiende el llamado. Por sí misma, Kali no funda tampoco una ley ni una edad, pero sus mandatos son respetados como los de la trinidad esencial que regula el cosmos, de acuerdo a lo consignado en la complejidad de los Vedas. De ahí que, asociada a los rasgos de la diosa e incluso apodada popularmente “Durga”, en atención a los atributos de inaccesibilidad, mando, determinación y dualidad constructiva/destructiva que caracterizan a Kali, Indira Gandhi pudiera gobernar, sin merma de poderío, una nación tan profundamente antifemenina y a la vez sensible para entender

el lado oscuro de la existencia, sin el cual no se cumpliría el propósito ordenador que se aloja en la fórmula del miedo como un no tan sutil regulador de cualquier conducta.

La sola Ley del Padre que nos rige en Occidente desde Grecia, en cambio, alimenta el *logos* de manera absoluta. Es cifra de la palabra esencial. El Padre es el fundador del lenguaje que absorbe, transmite, multiplica y expande la naturaleza del ser y del modo de estar en el mundo. Al establecer las peculiaridades éticas del dominio no hay cabida a la dualidad implícita o siquiera sugerida en otras mitologías: Zeus preside el Olimpo. Adueñado del trueno, ni los titanes pudieron contra las posibilidades del rayo, su arma distintiva. Desde su sitial se constituye el orden regente, a pesar de la mediación benéfica de la Asamblea y aunque las entidades, femeninas o masculinas, realicen a discreción sus propias empresas, las cuales jamás dejan de reflejar la naturaleza caprichosa de la conciencia que representan. Cual corresponde a su supremacía, es de Zeus la última palabra, el dictado definitivo, el castigo o la recompensa que regula los asuntos humanos así como los divinos.

Con mostrar en ocasiones el aspecto turbio que confirma la vanidad incongruente que casi todas las culturas atribuyen al género, sólo Atenea, sin embargo, “la de los ojos de lechuza”, reúne las más altas aspiraciones de la mujer contemporánea. Por sobre Afrodita o Hera, otorgadoras también de gracias y dones, Atenea es algunas veces la sabiduría; otras, la guerra. Es un ideal y un misterio. Ideal del talento consumado, de laboriosidad incesante, de pureza aterradora. Mística y espiritual, su doncellez supera la tentación del hombre por una mujer. Ella es la *Partenos*, doncella por excelencia; su templo es el Partenón. Renunciar a la maternidad natural la convirtió en madre adoptiva de héroes que, como Teseo, Perseo, Heracles y Ericción, pueden consumir sus hazañas gracias a su dirección protectora. Ella es *Athenaia*, La-de-Atenas, Palas, Nuestra Señora Ateniense. De ahí que el propio Platón, en sus *Leyes*, considerara oportuno que los jóvenes de ambos sexos la honraran, siguieran su ejemplo, participaran de los juegos inocentes de la danza y entendieran que si aparecía revestida de todas las armas era porque quizá la armadura resguarda por igual en las fiestas y en la guerra.

Cuenta la leyenda que invariablemente se hacía acompañar de un búho y que, a semejanza de la madre tierra, permanecía íntimamente ligada a los animales y a las plantas. Se dice también que en las noches de luna puede aún escucharse allá arriba, entre las ruinas de la acrópolis, el ulular de estas aves nocturnas que por comunes en la región, aparecían incluso impresas en la moneda ateniense. De suyo era también y muy especialmente el emblema de la serpiente, “protectora de la casa”, que en Atenas solía representar al destino. Para ofrendar a la diosa se le ofrecía una torta de miel cada mes y la serpiente la consumía en señal de que Ella estaba ahí, vigilante de la ciudad, al

cuidado del acecho enemigo. Cuando los persas ponen sitio a la consagrada Atenas, la sacerdotisa comunica a la población, según lo relata Herodoto, que la torta de miel seguía intacta: señal inequívoca de que su diosa los había abandonado, por lo que salieron corriendo por estar convencidos de que “no había nada que hacer”; sin la protección de la diosa tutelar se encontraban completamente perdidos. Así lo narra en el libro VIII de sus *Historias*:

Así, los demás fondearon en Salamina, y los atenienses en su propia tierra. Después de llegar echaron un bando: que cada cual de los atenienses salvara a sus hijos y domésticos como pudiese. En esa ocasión, los más los enviaron a Trecente, otros a Egina y otros a Salamina. Se apresuraron a ponerles en salvo deseosos de obedecer el oráculo, y muy particularmente por el motivo siguiente: cuentan los atenienses que una gran serpiente, guarda de la acrópolis, mora en el santuario. Así cuentan, y además le hacen ofrendas mensuales como si estuviese allí. Las ofrendas consisten en una torta de miel. Esa torta, siempre consumida antes, estaba entonces intacta. Cuando la sacerdotisa dio noticia de ello, los atenienses abandonaron la ciudad con mucho mayor empeño, como que ya la diosa la había desamparado. Una vez que hubiesen sacado todo, se embarcaron para donde estaba reunida la flota.¹

Serpiente y ave completan los contrastes del misterio que la envuelve. Si la primera sugiere intimidación, además de su vínculo con la tierra, la segunda completaría en nuestra civilización el permanente estado de alerta que la distingue. Atenea es la entidad que ve de lejos y cerca mientras los otros duermen. Mira al través de la noche. Observa con su luz interior. Sabe lo que no se sabe. Se anticipa al advenimiento del amanecer y la lechuza, curiosamente, también es un signo viril. Erguida o replegada, en cambio, la versátil culebra es imprescindible en casi todas las mitologías de Oriente y Occidente. Envenena, mata, ataca, resguarda o cura, según su cambiante función al lado de héroes, hombres y dioses; y, por sobre cualquier otro animal, se le asocia indistintamente a los misterios ocultos, al misticismo y a la espiritualidad.

Remontar la complejidad del mito, por tanto, orienta la compleja tarea que las mujeres desempeñamos en sociedades que, cada día con mayor claridad, tienden a demostrar que la inteligencia, la sagacidad, la astucia y la cordura son dones humanos que no guardan ninguna relación con el sexo, aunque culturalmente se desmerezca la sola intuición que se atribuye a la mentalidad fundamentalmente “femenina”, como si se tratara de un atributo

¹ Herodoto, *Los nueve libros de la historia*. Trad. y pról. de María Rosa Lida. Barcelona, Lumen, 1981, vol. II, libro VIII, 41, pp. 308-309.

menor y no, como es, un germen indispensable a la sabiduría que se antepone al proceso del despertar que activa la función de la inteligencia.

Sus múltiples prerrogativas y el papel tutelar que ejerce esta versión totalizadora de la diosa Luna en el mundo de los mortales la ubican en los sitios más preeminentes de la mitología, la épica y la tragedia helena: base del saber universal que aloja al depósito interpretativo de la conducta. Y es que Atenea, en su sentido más llano —y no por eso menos aterrador—, es ante todo *la mente del dios*, brazo ejecutor del mensaje supremo, una entidad que procura prosperidad a los justos y honra a quienes reconocen en su talante la dirección cambiante de la justicia y la ley.

No deja de ser curioso que la diosa mejor dotada del Olimpo parezca a la vez la menos autónoma o dispuesta a la cabal emancipación. Tampoco parece explicable la poca atención que nuestro tiempo le ha dedicado a ésta, la figura que más contiene el saber oculto de nuestro destino e identidad. Atenea arrastra consigo un drama que alcanza a toda mujer que nace, como ella, del cráneo paterno. Estremecedor, en su origen se encuentran las claves de una realidad femenina que las propias mujeres tal vez ignoramos y por desatender, ignorar o menospreciar la trascendencia no se diga del dominio, sino del deseo y del goce paterno, buscamos soluciones a un sufrimiento milenario en las ramas del conflicto, en vez de ir hasta la raíz, al cráneo del dios, para descifrar el enigma que sella la sujeción.

No importa, por ejemplo, cuánto se empeñe Atenea en proteger a sus héroes ni hasta dónde esté decidida a rectificar el rumbo de los combatientes en Troya porque al final, de manera velada o abierta, para bien o para mal, se impone en su mente la irregular voluntad de Zeus. Es él quien desde dentro, en el cerebro de la diosa, ajusta su decisión y su habla. Él también, quien obnubilándola, consigue mover su mano, su lengua y su discernimiento. El proceso no puede ser más eficaz porque, en boca propia, la hija emite sin darse cuenta la palabra no sólo de Zeus, sino de Cronos, de Saturno, los padres del Padre: dioses devoradores, feroces y templados por un dominio común y sucesivo, fincado en lo que todo varón repite por haber desafiado y vencido a su propio padre. Un padre que, sin embargo, no es jamás destronado por mujer alguna, aunque las leyendas involucren la presencia femenina de maneras diversas.

Si acaso, el genio convincente de Atenea consiste en encauzar con palabras dulces o argumentaciones sutiles las preferencias del dios de dioses. Sus devotos la honraban por ser tan justa como hábil, porque encarnaba la rectitud y, cuando acompañada de la victoriosa Nike, sabía recompensar con el triunfo la heroicidad de sus elegidos.

Para negociar con su padre, Atenea cultivó el arte de persuadir, de donde vino a desarrollarse la aptitud diplomática del cabildeo. Sus convenios, sin

embargo, jamás transgredían los límites de la autoridad superior ya que, por sobre las demás entidades, ella había sido creada para hacer respetar la justicia y conceder a discreción el mando, la habilidad y el coraje que de todas maneras redundaban en el fortalecimiento de la jurisdicción masculina. Tal la causa que subyace bajo la figura en alerta que desempata los votos durante el juicio que funda el establecimiento del tribunal en el ática, memorable en *Las Euménides* de Esquilo.

No existe un suceso mítico ajeno a ésta, su confirmación de guardiana de la potestad masculina. La naturalidad con la que el trágico Esquilo canta su intervención durante el primer juicio por homicidio que instituye el Tribunal no deja duda respecto del carácter vigilante de esta diosa que significativamente preside y tutela el saber colectivo, las versiones interpretativas, la fuerza de la costumbre y el imperio de la justicia ateniense.

Encarnado por Orestes, a quien se acusaba de dar muerte a su madre –Clitemnestra– para vengar la muerte de Agamenón, en la tragedia prevalece el imperativo del orden judicial, el cual, durante su desarrollo, despeja por sí mismo cualquier duda respecto de las prioridades en el sistema de valor que aún nos alcanza: era más grave que una mujer asesinara al marido que el crimen del hijo cometido contra la madre. Homicidas ambos, al razonar su voto definitorio Atenea no repara en la equidad del delito, sino que su misión consiste en ponderar la circunstancia moral que descarga la culpa del hijo.

Él, tranquilo, dice a la vieja Corifeo que su padre le enviaba socorro desde la tumba porque su madre “tenía sobre sí dos manchas imperdonables”: al matar a su esposo, en él mató también al padre de Orestes. Sin derecho al destierro, “porque no era de su misma sangre el hombre que mató”, Clitemnestra no era por tanto acreedora de clemencia ni honor ninguno. En defensa del acusado, el adivino Apolo asegura que no es lo mismo que muera un varón noble que el fin reservado a una mujer indigna. A él –aclaró– “se le respeta por el cetro que Zeus le entregó [...] Era el jefe de la escuadra [...]”²

Tratando de mediar el problema, a continuación la Corifeo razona en vano a favor de su género, dirigiéndose en primera instancia al dios Apolo: “–Zeus –según tus palabras (las de Apolo)– concede mayor importancia a la muerte de un padre, pero él bien que mató al suyo, al anciano Cronos. ¿Cómo no va a haber contradicción entre esto y lo que tu dices? [...]”

La respuesta del dios no podría ser más reveladora: “[...] Cuando el polvo absorbe la muerte de un varón que ha muerto de una vez para siempre, ya no hay posible resurrección”.

Y, después, las palabras de Apolo aclaran en definitiva cuál es, por su función desdeñada, la presencia de la mujer en la estructura social de la *polis*:

² Esquilo, *Las Euménides*, pp. 625 y ss.

“No es la que llaman madre la que engendra al hijo, sino que sólo es la nodriza del embrión recién sembrado. Engendra el que fecunda, mientras que ella sólo conserva el brote –sin que por ello dejen de ser extraños entre sí– con tal de que no se lo malogre una deidad”.

Nada mejor que acudir al origen de la propia Atenea para afianzar la prueba de tal aserto. Es de nuevo Apolo, aguerrido guardián del interés masculino, quien se encarga de confirmar hasta dónde la diosa protagoniza la voz, la fuerza del padre “que la engendró”, sin la necesidad de una presencia materna:

–[...] Puede haber padre sin que haya madre. Cerca hay un ejemplo: la hija de Zeus olímpico. No se crió en las tinieblas de un vientre, pero es un retoño cual ninguna diosa podría parir. Así que, Palas, en lo demás, según yo sé [...] voy a hacer grande a tu ciudad y a tu pueblo. Además, envíe a éste al hogar de tu templo, para que sea un fiel tuyo en todo tiempo y que en él, diosa, ganes un aliado y en sus sucesores, y que tal amistad permanezca siempre, de modo que sus descendientes acepten con gusto estas garantías de fidelidad.

Absolver pues a Orestes, como sería de esperar, equivale a condenar a la mujer que, desdeñada, se había atrevido a repetir una revancha sangrienta y letal, que no era inusual en el caso de los varones cuando castigaban el adulterio. Y es al instaurar oficialmente el tribunal ateniense cuando Atenea emite “su ley”, la Ley del Padre y la del pueblo del ática, en el momento de dictar sentencia en el primer proceso por sangre vertida. Las palabras de la diosa lo dicen, sin necesidad de acudir al auxilio de ninguna interpretación:

–Ésta es mi misión: dar el veredicto en último lugar. Voy a agregar mi voto a los que haya a favor de Orestes. A mí no me parió madre alguna y, con todo mi corazón, apruebo siempre lo varonil, excepto el casarme, pues soy enteramente de mi padre. Por eso, no elegiré el destino de una mujer que mató a su esposo, el señor de la casa. Vence pues Orestes, aun a pesar de que en los votos exista empate.³

La Corifeo, mujer defensora de mujer, replica en vano tras el triunfo de los alegatos de Apolo y de la posición declaradamente “viril” de Atenea. “Como yo no gané este juicio –dice imbuida de desaliento– mi compañía, en adelante, va a ser gravosa para el país”. Quizá es el Coro, sin embargo, el más consciente de lo que se ha perdido respecto del derecho y la condición femenina, ya que es a la diosa a quien dirigen sus querellas dolientes:

³ Atenea al tribunal, pp. 734 y ss.

—¡Ay, dioses demasiado jóvenes! Han pateado la antigua ley y me habéis arrancado de las manos a Orestes!

Pero, aunque yo esté privada de honores —¡desgraciada de mí! (clama la Corifeo)—, llena de horrible resentimiento, dejaré que mi corazón destile en esta tierra —¡ay!— su veneno, un veneno que compense mi dolor con vuestro dolor, que sea insoportable para el país [...] ¿Debo llorar? [...] ¡Qué yo, con mi antigua sabiduría, viva en esta tierra, como un ser sin honor y detestable! [...] ¡Irresistibles engaños de dioses me han arrebatado, sin consideración, mis antiguos honores!⁴

A cambio de su resignación y desde luego de la pérdida de palabra propia y fundadora, Atenea ofrece a la voz ofendida que “ya no podrá prosperar ninguna casa sin su ayuda”. Así compensa la pérdida con otra pérdida, la de la autonomía vigilante de lo propio. Y es lo que, de hecho, distingue desde entonces a la misión femenina: servir de custodia a la imagen de la diosa, hija de su padre, para que no haya sucesos que no sean bienaventurados para los varones.

Reveladora por tanto del poder que entraña defender por sobre todo el imperio de la supremacía inamovible de la potestad del varón, esta “feminidad viril” nunca encontró mejor argumento que el esgrimido a favor de la ley para garantizar la ética y su lógica complementaria en la sociedad. Y es que la ley desencadena esa eterna batalla que entroniza la voz del padre al grado de fusionarla al estado de conciencia que, asimilada, deslinda desde su propia raíz lo prohibido y lo permitido. Nadie como él, en última o primera instancia, cuidaba que nadie vulnerara el orden con su dominio implícito. Embustero o no, como se presenta hasta el límite del ridículo el Padre del Cielo, lo importante respecto de su omnipotencia no reside en la supuesta honestidad que mueve la balanza de la justicia, sino en el cuidado empeñado en el celo del mando.

Sancionar a Orestes por asesinar a su madre hubiera sido tanto como agregar a la condición femenina un derecho de equidad que la propia *polis* estaba lejos de contemplar. El dios era el dios y Atenea su instrumento mejor logrado: su mente viva. Únicamente el *logos* divino puede nutrir las palabras de los mortales, el objeto de sus creencias, el rumbo del entendimiento y la trascendencia cultural del saber, como de manera rigurosa lo cumple Apolo. Qué mejor que hacer de la hija predilecta del fundador de una era el espejo femenino de sus divinos deseos, para garantizar la vigencia y continuidad del régimen civilizador que, al mismo tiempo, espejeaba en los asuntos olímpicos como resultado de los humanos. Así, masculino por antonomasia, este con-

⁴ Esquilo, *Las Euménides*, pp. 778-848.

cepto de moralidad ejemplificado en el fallo del tribunal hace de Zeus/Atenea la personificación dual y más perfecta de una imposible equidad que presenta un principio de desigualdad, pero que no tiene fin.

Y para eso está la guerrera “viril”, para velar un precepto supremo que requiere de una precisa organización judicial dedicada a regular los acontecimientos humanos, con el aval de los dictados divinos. De otro modo la *polis* no habría atinado con los fundamentos gubernamentales que consuman la unidad política del Estado. Incluso el propio Aristóteles diría que la *polis* pertenecía a esa clase de objetos que existen por naturaleza de la misma manera que, por “naturaleza”, el hombre es un animal cívico. Y lo “cívico” alcanza nuestra experiencia en los mismos términos directrices que enseñaron a Atenea a razonar desde el cerrado sistema de valores excluyentes que reaparece cada vez que una hija de su padre, creyéndose instauradora, en realidad se “viriliza” para afianzar la ley que la suprime de la exacta justicia. Castigada de este modo en su gracia esencial, la mujer que por renovarse confirma, legítima y asienta la palabra paterna no hace más que orientar su acción en los mismos términos que la empresa judicial ateniense.

Lo contrario –feminizarse en la connotación creadora– exigiría una nueva actitud, el rescate de otra palabra, el nacimiento de una voz propia, un *logos* con la habilidad de modificar no únicamente el prejuicio de que la mujer era un ser abominable, menor o insignificante, como lo destaca incluso *El banquete*, de Platón, sino también la concepción democrática, inseparable en Grecia de la ciudadanía discriminatoria. Es el lenguaje, otra vez, el portador unívoco de lo que se genera en el centro del ser, en la raíz del silencio, a modo de embrión o tronco de creencias e ideas, prejuicios, supersticiones y miedos, que participan del fluir de signos que identifican a cada comunidad. El *logos*, pues, es el verbo, la palabra/matriz que revela lo que se es y se ha sido culturalmente. Saldo vivo de la memoria, sólo su carga implícita dota de ser al ser. La voz interior completa el proceso de cambio o confirmación, cuando el arte y el saber eligen el camino de la ruptura que inevitablemente conduce al establecimiento de una nueva tradición.

Así es como el *logos* se constituye en continente y contenido, tal como se infiere de la relación entre Zeus, Atenea y el mundo de los mortales. No realizar esa transformación desde la facultad que nos identifica equivale a negar la fuente creativa, instauradora por definición fisiológica, de la lengua materna, el lenguaje de vida y su saber cordial que, para desgracia de Atenea, fue “tragado” por el padre que si no la parió, sí la “engendró” –como bien afirmara Apolo– en los espacios inescrutables de su cráneo.

Llamada la “inteligencia primordial”, al ahijar a Atenea mediante un coito forzado, Metis fue despojada durante su peculiar preñez de la ocasión de transmitirle, directa y completamente, la riqueza de su genio, su saber mejor logra-

do por provenir del entendimiento cabal del vivir, del padecer y crecer a la luz de la esperanza compartida. Ciertamente, sobre la diosa guerrera recayó indirectamente el influjo de su virtud, pero en su prudencia reconocida —que no era otra cosa que el verdadero sentido común— quedaría para siempre el estigma del padre que despojó a ambas, madre e hija, del derecho a realizar su función instauradora en toda su potencialidad y con la plenitud de sus atributos.

Pese a los deslices caprichosos que la “feminizan” en el más puro convencionalismo, esta laboriosa patrona de los constructores, de los herreros, de las artes y la artesanía urbana consiguió personificar la sensatez y la sabiduría que indudablemente adquirió de la oceánide y primera consorte de Zeus, por lo que sobre nuestra diosa recae la significativa importancia de ser la primogénita de una incontable lista de vástagos atribuidos al Padre del Cielo, el más lujurioso, dominante y peculiar personaje olímpico, de cuyo mito, indiviso del triunfo sobre su padre Cronos, deriva la fundación de la edad ateniense.

Algunos sacerdotes del culto gustaban de agregar al enigma de su diosa bienhechora una fábula que trasluce el carácter de los protagonistas del mito: típico en su natural lascivo, Zeus perseguía a Metis por entre cuevas, rincones, montañas y valles; pero ella iba transmutando de una forma a otra para eludirlo, hasta que finalmente el dios la atrapó y por la fuerza, como más disfrutaba, consiguió ayuntarse con ella.

Los coitos de Zeus nunca fueron estériles ni faltos de signos o asociaciones que enlazan esa compleja unidad de dioses, héroes, semihéroes, sátiros, ninfas, monstruos o quimeras de que está hecha la Grecia clásica. Eslabonados, un mito llama a otro y éste al siguiente de modo que en cualquier espacio se respiraba el aliento del padre supremo y, tras él, el influjo remoto de una Metis de la que —por quedar preñada del poder “equivocado”—, permanecería oculta para siempre en las tripas divinas. Así que, aun siendo invisible a los ojos de los mortales, Atenea podía ser escuchada y siempre atendida al través de la mente, su reminiscencia materna. Así lo reconoce Odiseo al sortear los deliciosos obstáculos que le permiten vencer peligros extraordinarios, visitar incluso el Hades y regresar a salvo al hogar, donde, gracias a los oficios de Atenea, aniquila a sus rivales, recupera bienes y mando y, otra vez, restituye la Ley del Padre.

Respecto del misterioso carácter de la diosa, solía contarse que Urano y Gea revelaron a Zeus que si Metis, quien había sido poseída por la sabiduría, esperaba de él una hija después engendraría un varón que lo destronaría de la misma manera que él había destronado a Cronos y éste a su vez a Urano. Intimidado por el propio antecedente, Zeus no se tragó a los hijos, como era costumbre en Cronos, sino que engulló de un solo bocado a su consorte, en cuanto la supo encinta. Llegado el momento del parto, cuando se hallaba en el río Tritón, en la Libia, al dios le atacó un dolor de cabeza tan insoportable que

por mediación de Hermes le ordenó al laborioso Hefesto que la partiera en dos de un hachazo para acabar con su sufrimiento. Al punto surgió de su frente la entidad batalladora totalmente armada, con todos sus atavíos y en medio de grito tan prodigioso que cielo y Tierra se estremecieron.

De tan súbito e inimaginado, el peculiar nacimiento de esta entidad adulta sembró de espantó a los rodios. Al advertir, sin embargo, la importancia del suceso se apresuraron a subir a la Acrópolis para ser los primeros en celebrarlo; pero era tanta la urgencia de anticiparse a los otros pueblos nativos que se olvidaron del fuego ritual para realizar la imprescindible ceremonia del sacrificio. Conmovero ante celo tan grande para honrar a su hija bienamada Zeus los recompensó con una lluvia de oro que hizo caer sobre la ciudad. A partir de entonces, a Atenea la envolvió la leyenda: invariablemente al lado de su padre, intervino con él en la lucha contra los Gigantes y no sólo consiguió vencer al temible Encélado allí, en la Gigantomaquia, sino que arrojó su cuerpo a la isla de Sicilia. Desde allí, enterrado y sin salvación, el monstruo hace sentir desde entonces el alcance de su ferocidad mediante las bocanadas de fuego que arroja de tanto en tanto por el volcán Etna.

Mythos, como se sabe, significa misterio. Y el de Atenea entraña el más intrincado de todos porque en ella recae el influjo educador de la mujer en una civilización profundamente violenta, guerrera y masculina. Werner Jaeger, quizá el más sabio estudioso de la edad ateniense, no reparó en la oculta complejidad de esta diosa. Inclinado a ponderar su prudencia, al referirse al vínculo protector que distinguió a Odiseo afirmó que “en la más alta, íntima y personal relación del héroe con su diosa Palas Atenea que le guía en sus caminos y nunca le abandona, halla su más hermosa expresión del poder espiritual de inspiración y guía de la mujer”.⁵

De la mujer, sí, aunque virilizada en tanto que es ella la más aguerrida portadora de los principios educativos de la antigua nobleza, los que forman conciencia mediante consejos y advertencias que deslindan la hondura del sentido de la palabra regente. Hay que oír a las hijas de Zeus, indica en especial la épica griega, porque ayudan amistosamente a los hombres. Siquiera resistirse a su llamado y ni qué decir de rechazarlas, para caer en manos de la justiciera Até. El transgresor, entonces, “expía sus culpas con los males que le inflige”. La rebelde Clitemnestra se arrojó a su perdición por atreverse a matar “al señor de la casa”, mientras que su hijo Orestes se encumbró antes dioses y mortales al vengar a su padre con la sangre materna. El código de conducta es claro, tan claro y expedito, que todavía prevalece “la inspiración divina” al

⁵ Werner Jaeger, *Paideia*. Trad. de Joaquín Xirau (libros I y II) y Wenceslao Roces (libros III y IV), de la 3a. reimp. (1974) de la 2a. ed. en un solo volumen, 1962, México, FCE, p. 38.

elegir las acciones afortunadas, las que confirman la continuidad del *logos*, su carga de razonamiento aceptado y asimilado cual producto que es de lo que se sabe sin necesidad de ser cuestionado ni comprendido.

Es obvio que, pese a los esfuerzos del racionalismo, en la raíz del ser el mito continúa su labor directriz de la humana actuación. El *logos* del mito subyace principalmente en la Ley del Padre, de donde deriva el rumbo de la voluntad inconsciente y la guía moral que rige, todavía, a la religión, la política y el derecho. Connatural al pensamiento, el mito se antepone al ejercicio de la razón cognoscente. Por eso es más poderoso tal depósito ancestral que la voluntad dirigida de las mujeres que, especialmente a consecuencia de su formación universitaria y también como respuesta a una circunstancia social cuyo contenido no define aún el *logos* de nuestra cultura, persiguen una supuesta equidad de libertades y derechos sin darse cuenta de que, al repetir las normas instituidas, en realidad están repitiendo la imposibilidad de realizar por sí mismas la nueva ley; es decir, otra manera de ser y estar en el mundo, bajo principios que en lo sustancial modifiquen lo que hasta hoy, no obstante su característica excluyente, se considera “universal” o válido para todos.

En abono a esta tesis de guardiana de la supremacía paterna, no hay más que observar que nadie, como ella, veló la seguridad del Estado. Mantuvo, además, la salud pública y resguardó los tribunales de justicia no sólo de Atenas, ciudad que entraña el tributo rendido desde tiempos inmemoriales a diosa tan única, su protectora, sino del ática entera, sin cuya intervención oportuna hubiera sido difícil concentrar los más altos logros de civilización o época alguna. Durante las votaciones cerradas, al modo de lo que ocurrió con el tribunal, solía otorgar su divino voto a quien ofreciera mayor cordura. Es ella quien encuentra resoluciones pacíficas a los más intrincados conflictos; ella, quien hace posible la victoria del colérico Aquiles sobre su contrincante Héctor; ella, además, la que dirige flechas y jabalinas de sus devotos hasta el punto exacto de la victoria. De este modo, en lo más apretado de una batalla, orientó por ejemplo el dardo de Diomedes para herir y derrotar a Ares, dios de los troyanos, signo de la contienda y maestro de la táctica y la estrategia.

Es memorable la evidencia de su disposición con los hombres al asistir a Odiseo en su azaroso retorno al Ática. Protectora y misericorde hasta grados conmovedores, salvó a su hijo Telémaco de la agresiva codicia de los pretendientes de Penélope y, gracias a sus oficios, pudo el héroe recuperar con gran astucia su reino, tras enfrentar peripecias sin cuento. Eslabón infaltable de la rica mitología helena, los atenienses tuvieron el genio de asociar el carácter súbito de su nacimiento a las más disímiles expresiones del ser, a partir de la inescrutable conciencia femenina. De ahí que, por sobre el símbolo trascendental de una Antígona trágica que resguarda el honor familiar y mitiga el dolor de su padre hasta que Edipo se adentra en la muerte con la paz del alma

recobrada, Atenea signifique un vínculo femenino con la figura paterna tan complejo y diverso que el propio Freud se antoja rebasado por sus posibilidades interpretativas. De ahí el silencio que la envuelve en las referencias actuales que explicarían los dramas entrañables del poder entre los sexos.

El misterio de la diosa comienza con una Metis que da al amado la droga que hizo que Cronos vomitara a sus hijos. Luego, devorada por el consorte a consecuencia del oráculo que anticipaba que los hijos que engendrara con Zeus serían peligrosamente talentosos, Metis, la inteligencia primordial y “titánica” por excelencia, continúa aconsejando a Zeus desde su vientre, lo que es tanto como reconocer que la sabiduría del padre del cielo era en realidad expresión absorbida de la voz femenina. Hembra bravía, Atenea no es en consecuencia parida directamente por su madre ni nace niña o desnuda en medio del llanto habitual, sino que, “la más querida de su padre”, sale adulta de su cabeza quebrada para protagonizar, encarnándolos, los alcances del raciocinio supremo.

Lejos de significar la intuición puesta al servicio de la energía viril, las hazañas de Atenea demuestran hasta dónde los griegos sabían que la inteligencia es un arma de dos filos, útil y peligrosa cuando en poder femenino, porque descifra, rectifica o ajusta la determinación del destino. Empero, ahí mismo, en la variedad de trabajos que desempeña, están los matices que nos enseñan hasta dónde los griegos auscultaron la vulnerabilidad cambiante de la conducta, aun en casos en que el talento no tendría rival ni motivo para sentirse acosado.

Nada mejor que el episodio relacionado con Aracné para comprender que el poder de la rivalidad también es uno de los instrumentos fasto o nefasto del Hado, sobre todo si consideramos que las fábulas griegas eran traslados de su experiencia.

Princesa en la Lidia, Aracné era hija de un tintorero de Colofón. Habilísima tejedora y afamada por la perfección que lograba con sus tintes purpúreos, ni la propia Atenea, señora que fuera de las labores manuales y en general de todas las habilidades femeninas, podía igualar la belleza de sus bordados. Atacada por la Soberbia, un día la muchacha se atrevió a provocar a su santa patrona y diseñó en su telar un tapiz monumental que representaba los asuntos más enredados de dioses y hombres, con lo que, sin darse cuenta, también iniciaba la crítica. Pese a que Atenea se apareció ante ella disfrazada de anciana para disuadirla e infundirle modestia, la joven artista no pudo renunciar a la tentación de realizar una obra sublime.

De espaldas al buen consejo, se entregó a su tarea de hilar, tejer, bordar y pintar de noche y de día con una pasión tan inocultable que agitó la frágil sensibilidad de la Envidia, cuyo efecto no tardó en aquejar a Atenea. Aracné, mientras tanto, ilustró en telas magníficas los amores escandalosos de los olím-

picos, los castigos que infligen a quienes se atreven a desafiar su supremacía y, en un pasaje más, las peculiaridades contradictorias de todos los dioses.

Mujer al fin, la curiosidad de Atenea desencadenaba la urgencia de espiarla. Por consiguiente, mientras la muchacha tejía, la diosa aguardaba con ansia que su humana rival cometiera un error que confirmara su inferioridad. Diosa como era, su condición le impedía tolerar que alguien superara sus cualidades. A pesar de no haberle otorgado sus bendiciones, Aracné, sin embargo, concluyó su obra y, satisfecha, ya se preparaba para iniciar un nuevo trabajo cuando, imbuida de magnificencia vino a pararse la diosa delante de ella. Examinó con minucia el paño, esperanzada en encontrarle siquiera un defecto menor. Encolerizada porque no pudo hallarlo, golpeó con su lanzadera furiosamente a la tejedora. Luego, dominada por las Irinias, desgarró el lienzo con atronadora violencia.

Sorprendida, Aracné no distinguía si era mayor su terror a la diosa o la humillación padecida por la destrucción de su arte. Sea cual fuera la causa, supo la joven que para ella no habría salida. Quiso entonces la Fortuna que saltara a una viga cercana con la intención de matarse. En vez de dejarla morir, lo que indicaba otra victoria de su voluntad, la diosa le salvó la vida aunque, empeñada en consumir su venganza, transformó en hilo la cuerda con la que trataba de ahorcarse y a la muchacha la convirtió en araña, el animal que más detestaba.

Afamada especialmente en la *Ilíada* por tejer y bordar tanto su propio manto como el de la caprichosa Hera, Atenea enseñó el secreto de los hilos, los colores y sus tramas a Pandora, la primera mujer. La diosa misma se ocupó de ataviarla con una túnica blanca y, “maravilla para los ojos”, a juzgar por los cantos de Hesíodo, incluso hizo caer de su frente un velo adornado con mil bordados. En agradecimiento por sus lecciones se instituyó en las Panateneas la costumbre de ofrecerle la hermosa vestimenta elaborada solamente por doncellas atenienses que habían sido inspiradas por su espíritu divino. Así que, en paralelo, su brutal reacción contra Aracné conllevaba la advertencia de que, no obstante iluminado por un dios al pretender la belleza perfecta, el hombre no es el dios mismo ni sus obras son equivalentes a las del poder superior.

Casi no hay asunto que no le ataña, especialmente cuando se trata de apaciguar a Las Furias, siempre necesarias para intimidar y limitar la tentación de la bajeza que ataca a los hombres. Su prestigio deja los primeros indicios de devoción popular a partir de que su majestad consigue imponerse a Poseidón, “el sacudidor de la tierra”, dios de los mares, del caballo y de los “poseídos”, al disputar el dominio de Atenas. Temible de por sí, esta entidad rival era nada menos que hermano de Zeus y padre de Teseo —héroe nacional de Atenas que encarna la nobleza, la fineza y la distinción, cualidades nativas de la raza áti-

ca—, así como de un sinnúmero de monstruos y bandidos que completaban su estirpe.

Según Pausanias, Atenea se fusionó a la historia más remota de la ciudad al asociar su Moira a la del olivo, al que hizo nacer cual prueba de su poderío en estas tierras. Cuando los persas prendieron fuego a la ciudad —agregó— su azulado follaje ardió hasta consumirse. Pero después brotó de nuevo con fuerza tal que crecía hasta dos codos por día. “Es el árbol que nunca envejece”, cantaría Sófocles en *Edipo en colono*: “lo defienden el ojo de Zeus protector y Atenea, la de los ojos brillantes”.

Cuenta la leyenda que, en plena lucha por el culto de la ciudad, Poseidón se elevó desde la profundidad del océano con un estruendo similar al del fragor de batalla. Dio luego un golpe con su tridente en la Acrópolis que hizo brotar la *talasa* en su cima, una fuente de agua salada. De igual modo surgió el caballo y, convencido de que la diosa rival no encontraría nada mejor, saboreó su triunfo como patrón de ese pueblo. Entre disputas que iban y venían entre ellos para ser consagrado ahí, Atenea respondió blandiendo su espada legendaria allí mismo, de cuyo efecto vino a crecer el olivo como atributo suyo.

Cual costumbre, los dioses deliberaron allá en el Olimpo y entablaron el juicio que dio a la soberana Palas el botín de la contienda. Inapelable, el veredicto supremo determinó que sobre ella recaería el dominio y el cuidado del suelo codiciado en vista de que los valles y las verdes colinas estaban coronados con algo tan hermoso como una simple guirnalda de violetas. De cuantas variedades de seres que procrean en su seno, las profundidades del mar no podrían competir con adorno semejante. Sin dudarlo, los atenienses reconocieron a la doncella con templos y ceremonias magníficas lo que, de hecho, significaba el triunfo de la democracia naciente sobre la arrogante aristocracia mineana. De este modo, con el olivo y las guirnaldas que ennoblecerían cantos y leyendas, comenzaba la historia de una Atenas promisorias, democrática y libre, sin amos ni soberanos, que recordaba su nombre (Erecteo) por las florecillas que no languidecían ni en invierno.

Consagrada en Palas, la ciudad era en realidad el motivo de su culto. Una ciudad que, al modo de la diosa, “resplandecía con los fulgores que despedía la cabeza de su padre”. Urbe y diosa se homologan así a las figuras de la Luz, la Razón y la Libertad que distinguirían los atributos democráticos, a condición de no atentar contra los dictados de la Ley, la supremacía del Padre y regente del Olimpo.

La sonrisa con la que Zeus responde al grito de Atenea cuando ésta sale de su cráneo sella para todos los tiempos esta aleccionadora relación padre-hija. Metis, refundida en las tripas del dominador, no pierde su habla, la infiltra a la palabra del dios; de ahí la entrañable sabiduría de la *polis*. En cierta forma disminuida por el prejuicio de su feminidad, Atenea emprende con su donce-

llez su misión civilizadora de Atenas cual complemento, reflejo y producto de Zeus. Metis asume la condición de esa madre primordial de la que se puede prescindir cuando se trata de señalar la naturaleza independiente de una diosa que, de todas maneras, debe su existencia y sus atributos a los deseos y pensamientos paternos. Y Zeus ama a su hija por ser tan juiciosa como arrojada, sutil al expresar sus desacuerdos, de notable claridad no obstante apasionada y por sobre todo tan deslumbrante y fiel a sus designios como representante de sus peculiaridades viriles, exactamente lo que define aquel afán de “pensamiento y eternidad” de la edad ateniense.

Sólo por el amor que profesaba a su padre, Atenea accedía cíclicamente a bajar desde lo alto del cielo para auxiliar a Heracles cuando más exhausto se hallaba el héroe al realizar los trabajos impuestos por Aristeo. Y lo hacía con gusto la diosa, según lo reclamaba ella misma en voz de Homero, sólo porque Heracles era el hijo favorito de Zeus. Pero sus predilecciones griegas durante la contienda de Troya fueron el semillero de sus desacuerdos olímpicos. Casi impotente frente a la implacable voluntad paterna, hay pasajes en la *Iliada* en los que resulta difícil separar la devoción filial del revelador despecho amoroso: “... día llegará en que de nuevo me llame su querida hija de ojos verdes...” Así se lamentaba esta virgen eterna al acusar a su padre de desviar su voluntad y sus propios impulsos cuando no coincidían en la oportunidad de proteger a sus héroes. Por consiguiente, sin quererlo, confundida por la cruel irracionalidad de Zeus, Atenea apoyaba a sus enemigos troyanos creyendo que tutelaba al bando griego en lo más apretado de los combates.

Pocos detonadores más efectivos que la desobediencia de Atenea para desatar la ira de Zeus. Cuando su “hija bienamada” desatiende sus órdenes, él deja asentado lo que es el padre, el padre absoluto, el padre/dueño, el poder verdadero, así en la tierra como en el cielo... En uno de esos episodios homéricos la relación entre ambos desencadena una crisis cuando Zeus, además de golpearla de manera brutal a causa de su desobediencia, amenaza con destruirla el carro y derribarla de su sagrado sitio por haber atentado contra su voluntad y su mando. Diez años míticos tardaría la diosa en curarse de las heridas infligidas por su rayo: “Así aprenderá la joven de ojos verdes —gritó Zeus—, lo que cuesta combatir a su padre”.

Nunca, como ahora, resulta más necesario recobrar el mito del poder femenino por su inevitable supeditación a la masculinidad superior. Valor, valentía, virtud son voces que, por emparentadas al miembro viril, fueron abolidas de lo que, culturalmente, sujetaba a las mujeres a todas aquellas funciones no-ciudadanas que, en torno del hogar y si acaso como influencia indirecta, correspondían a la esposa, dispensera, madre, hija y guardiana de los bienes domésticos. Sin embargo, tanto los poemas homéricos como los trágicos están sembrados de referencias que contradicen la supuesta docilidad femeni-

na. Clitemnestra, Penélope, Medea, Electra y prácticamente todas las inmortales olímpicas abundan en ejemplos del imposible triunfo femenino, no obstante su infatigable desafío a la autoridad consagrada. Invariablemente aparece el castigo ejemplar del destino para demostrar sus límites en la definición y el ejercicio autónomo del poder. Aun así, por sobre advertencias y antecedentes brutales, la mujer continúa empeñada en equiparar sus derechos y asumir las libertades que conquista mediante el cultivo de su Metis, su inteligencia primordial.

Resultaría por tanto difícil comprender la complejidad de las mujeres modernas sin la referencia de esta diosa virgen, guerrera, protectora de la ciudad que le debe su nombre y tan enérgica como desconcertante por la piedad que es capaz de inspirar. Nada más alejado del concepto de feminidad en la Grecia clásica que este modelo de astucia tramado de suavidad y una más que contradictoria destreza para administrar el poder e influir en el destino de los demás. Casi no hay leyenda, mito, poema o tragedia que no la invoque y aun para referirse a la civilización "ateniense" hay que considerar que detrás, a veces delante, arriba en ocasiones, aunque supeditada siempre a los designios de Zeus, está la mirada vigilante de esta doncella que llevaba en la castidad la prueba fehaciente de su naturaleza invencible. Pero, también, de su incapacidad para combinar el amor a las exigencias del poder, especialmente cuando no logra apartarse de la sombra omnipresente del padre.

Fascinante y sugestiva por donde se le vea, inventó la flauta que, por tocarla con belleza sin par, convertiría a Orfeo en protagonista de uno de los mitos más ricos, inescrutables y deslumbrantes de todos los tiempos. A Atenea se le atribuye además el origen de la trompeta, el arado, la olla de barro, el yugo para los bueyes, el barco, el rastrillo y, emblemáticos de su atuendo, también la brida y el carro de caballos. No hay, pues, actividad urbana o mental alejada de su influencia ni asunto humano o divino que no pueda resolverse con su intervención, sea ésta delicada o colérica, pero siempre "femenina" y, por eso, digna del honor que suele contrastar la caprichosa naturaleza de los hombres.

Tan sabia como prudente, Homero le atribuyó tal perfección que sólo descifrando el trasfondo de sus trabajos puede extraerse el indicio de humanidad que nos permite apreciar la fuerza de los olímpicos, su significación perdurable. Ninguna entidad se iguala a la lógica de esta diosa ni menos aún se encontrará quien ostente la coherencia que ella consigue sostener sin flaquear, incluso en los momentos de mayor tribulación, como puede advertirse en su difícil relación con el Padre, a propósito del partido que tomó por la causa griega en el conflicto de Troya.

Mujer al fin, cuando otras diosas o simples mujeres discuten su belleza austera o vulneran de manera alevosa su refinada emotividad, Atenea deja

escapar una rabia que hace temblar al mundo. La cólera, entonces, la domina al grado de suscitar reacciones que no sólo repercuten en contra de su reciedumbre, sino que deja tambaleante su naturaleza esencial. Un solo capricho suyo basta para comprometer la paz, la armonía y la razón que supuestamente cultivaba como rasgos distintivos de su carácter. Feroz como puede ser la insidia femenina, nadie escapa a la injusticia ni a las consecuencias nefastas que provocan los infundios, las burlas y la envidia. Ni siquiera ella se sustrae del poder de la confusión. Ella, una entidad que reúne tan altas virtudes que el mismo Zeus se antoja limitado ante el alcance de su grandeza.

Allí está el memorable juicio de Paris que provocó la guerra de Troya, un *kallisteion* o torneo de belleza, realizado cuando los dioses se hallaban reunidos en las bodas de Tetis y Peleo, para demostrar hasta dónde una mujer con armas también participa de la necesidad de ser reconocida por su gracia femenina. Eris, la Discordia, arrojó entre ellos una manzana de oro en la que se leía: “para la más hermosa”. Tocadas por la vanidad, Hera, Atenea y Afrodita pretendieron quedársela. En medio de la discusión acudieron al monte Ida, cerca de Troya, a pedir al más hermoso de los mortales, el joven pastor Paris, hijo del rey Príamo y de su esposa Hécuba, que se encargara del fallo. Por mediación de Hermes, cada una le ofreció lo mejor de sí a cambio de la manzana. Otorgadoras de dones y gracias, las tres principales olímpicas dificultaban la faena de la Elección, aunque para con los mortales nunca fracasa el arte de seducir. Hera le prometió grandeza; Atenea, el éxito en la guerra y Afrodita, la más bella entre las bellas, le ofreció una esposa en la que amor y belleza resultarían inseparables.

Como sería de esperar, Paris adjudicó la manzana a Afrodita, de donde vino a ocurrir el rapto de Helena y la subsecuente animadversión de Hera y Atenea contra el bando troyano durante la guerra. El antecedente no impide que Homero, consciente de que Atenea era la diosa consagrada de Grecia, las islas y las colonias, la presentara también como la protectora de la ciudadela troyana, quizá venerada a modo de talismán, para evitar mayores desgracias. Su estatua o Paladio, sin embargo, llegó a convertirse en causa de una prolongación bélica tan colmada de supersticiones que fue necesario que Diomedes y Odiseo realizaran la hazaña de sacarla de la ciudad para que Troya cayera.

Por sobre las distintas versiones del mito importa destacar, sin embargo, que la severidad de esta diosa que a menudo aparece con una lechuza sobre el hombro resulta inseparable de su vínculo con el Padre del Cielo. Sólo ella y Zeus comparten la égida: un atributo representado como piel de cabra o escudo, en cuyo centro es visible la cabeza de la Gorgona, rodeada de serpientes. De aceptar además el agregado mítico de que Zeus degolló a Metis antes de engullirla, la sabiduría femenina quedaría doblemente desprovista de cabeza y esperanza de unificación, pues sólo entera, libre y autónoma ésta, la pala-

bra esencial, podría engendrar al vástago capaz de destronar los poderes instituidos y presididos por Zeus.

Producto final del supremo cráneo, resplandor de su padre, personificación de la inteligencia, graciosa inventora del *aulos* o flauta, patrona de hilanderas y bordadoras, ni la mismísima Atenea o “feminidad viril”, se sustrae pues de la determinación del destino. Y el destino quiso, al parecer, que no hubiera diosa o mujer, por perfecta que fuera, digna de consumir los alcances de su autonomía cuando se trata de comprometer la definición del dominio.